

LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la Reina»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27a): *Cristo resucitó el primero de todos.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

La fiesta de hoy se inserta provocadoramente en medio del cuadro de los “ritos profanos” que, en medio de la distracción colectiva de las vacaciones, se celebran estos días por todas partes. Sin embargo, es necesario “entendérselas” con este signo “grandioso” y al mismo tiempo modesto que la Iglesia nos presenta.

¿Qué significado puede tener la lucha de la comunidad cristiana contra el dragón, contra las fuerzas del mal, en tiempo de vacaciones y de ocio, durante el que se piensa en gozar un poco de paz, de tranquilidad, echándose a la espalda problemas y molestias?

¿Y qué sentido tiene esa imagen de mujer que huye al desierto, en un periodo de evasión, de aturdimiento colectivo, de gran afluencia en las playas en donde el encajonamiento de los cuerpos no deja espacio ni siquiera para la propia sombra, de asalto a los más renombrados pueblos de montaña en donde el primero que queda derrotado es el silencio, y la belleza de la naturaleza es profanada por la presencia más bullanguera (bajo el signo de “después de mí el diluvio de los desechos...”).

¿Y quién tiene ganas de escuchar la historia de los Adanes que san Pablo pretende contarnos en la primera Carta a los corintios? Se prefieren historias más “ligeras”, más... no sé..., más tranquilas, de una literatura prefabricada para impedir pensar. Si después se tiene el coraje de hablar de un canto titulado «Magnificat», existe el riesgo de que alguien se pregunte, bostezando, en qué festival ha sido presentado, por qué conjunto ha sido interpretado, y qué lugar ocupa en la clasificación de los discos más vendidos.

Domina en la liturgia de la solemnidad de hoy, la figura del arca. Signo de la alianza establecida entre Dios y su pueblo, y de la presencia de Dios en medio de la humanidad. A María siempre se le ha considerado, en la tradición cristiana, como el arca de la nueva alianza. Las palabras de Isabel que saludan la llegada de María a su casa recalcan exactamente las expresiones de David referidas al arca que viaja en dirección a Jerusalén (2 Sam 6,9).

Interpretar este signo significa, entre otras cosas, interpretar correctamente la misión de la Iglesia en el mundo. En efecto, la aproximación entre la madre del Señor y la comunidad de los creyentes constituye un paso obligado de toda la reflexión teológica. La dimensión mariológica y la dimensión eclesiológica son inseparables entre sí y, las dos, hacen referencia a Cristo como centro obligado.

Celebramos en esta festividad el triunfo de María que consagro como dogma el papa Pio XII, el 1 de noviembre de 1950, que no hizo más que ratificar lo que la religiosidad popular y la tradición habían proclamado desde los primeros tiempos de la iglesia: en Oriente se celebraba desde antiguo la «Dormición» de la Virgen, o el Tránsito de María, celebraciones que equivalían a la actual celebración de la Asunción. También Padres de la Iglesia como san Ambrosio de Milán, san Epifanio, Timoteo de Jerusalén, san Germán de Constantinopla o san Juan Damasceno hablaron sobre la “Dormición de la Virgen”.

Este triunfo de María lo describe así el Concilio Vaticano II: *«La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte»* (Lumen Gentium).

Pero este triunfo de María no es sino la incorporación al triunfo definitivo de Cristo, pues *«en la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de Él»*. Por eso podemos afirmar que la Asunción de María es la respuesta del Hijo a la entrega total de la Madre. Es el cumplimiento de la bienaventuranza que le dirige Isabel: *«dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá»*.

La fe de María le llevó a unirse al Misterio de Cristo en la oscuridad incomprensible de Belén, donde aquel del que habían dicho que iba a heredar el trono de David comienza reinando en un pesebre, en la persecución y huida a Egipto, en los años oscuros de Nazaret y, sobre todo, en el momento supremo de la cruz; esta fe le lleva también a la incorporación plena al triunfo de Cristo en su resurrección, donde es exaltada a la Gloria por encima de los santos y de cualquier criatura.

Así, contemplando la figura de María, exaltada a la gloria de la Resurrección de su Hijo, contemplamos lo que la Iglesia espera alcanzar un día, de manera que podemos afirmar que en María, madre y modelo de la Iglesia, se cumple lo que nosotros esperamos alcanzar algún día. María es signo de consuelo y esperanza de los que caminamos en esa espera. Y siguiendo el modelo de María en la fe, en el ejercicio vivo de la caridad y en la unión perfecta con su Hijo, podamos alcanzar un día con ella, del triunfo de Cristo en la Resurrección.